

aparecer fuerzas pretorianas que custodiaban el producto de aquel *chantage* (de voz pública catorce mil duros) resultando de aquella sociedad en comandita hábilmente dirigida por un héroe educado en las cátedras más elevadas del curanderismo.

Este punible arte de hacer fortuna, explotando la credulidad pública, se remonta á las más lejanas épocas de la antigüedad, y ha pesado sobre la ignorancia de todas las generaciones, sin distinción de clases, rangos, ni categorías sociales. Las sugerencias místicas y del fetiquismo, las predicciones astrológicas y los conjuros del sortilegio, han prevalecido y prevalecerán siempre incrustadas en el cerebro de la ignorancia como los moluscos en las rocas oceánicas. Siempre los Dioses, las Pitonisas, los augures y arúspices y aun el mismo diablo, dando lugar á amuletos, exorcismos y sortilegios, han hecho llegar su lucrativo hábito sobre el campo de la medicina, aspirando á destrozr los conocimientos reales y positivos de la ciencia secular para levantar sobre sus despojos todos los instintos brutales, todas las bárbaras supersticiones, todos los procedimientos empíricos é irracionales, que constituyen la única y eficaz panacea para la curación de toda clase de enfermedades.

El mismo Don Quijote aconsejaba á Sancho Panza el bálsamo de Fierabrás, cicatrizante poderoso de las heridas, verdadero antídoto de la muerte y, que, con menos de tres reales se podían hacer tres azumbres “*y así cuando yo le haga y te le dé no tienes más que hacer sino que cuando vieres que en alguna batalla me han partido el cuerpo, como muchas veces suele acontecer, coges bonitamente la parte del cuerpo que hubiera caído en el suelo y con mucha sotileza, antes que la sangre se hiele, la pondrás sobre la otra mitad que quedare en la silla, advirtiendo de encajalla igualmente y al justo. Luego me darás de beber dos tragos del bálsamo que he dicho, y verásme más sano que una manzana.*” Si el imaginario loco del inmortal Cervantes se levantara de su legendaria tumba para convertirse en ente real, y fuera en busca de un médico histrión, sin pudor ni conciencia, que le prestase su título á modo de *proxeneta*, y de un Sancho posesionado de una ínsula que le consintiera cabalgar á sus anchas por los campos de Montiel, vociferando las excelencias del prodigioso licor de los milagros, sería el tal anuncio un negocio *fin de siglo* de pingües y sorprendentes resultados.

Ni la hopa de la Santa Hermandad, ni las torturas y patibularias hogueras de aquéllos siglos de terror fueron bastantes á concluir con las brujerías, filtros amorosos y demás extravagancias de la época, como tampoco las ideas liberales y racionalistas de nuestra civilización lograrán extirpar la superstición del corazón de las actuales generaciones.

Mentira parece se vendan hoy día objetos que para sí recaban los verdugos por derecho propio de regalía; pañuelos mancha-